SERMON,

QUE PARA ESTABLECER LA REAL CONGREGACION DEL ALUMBRADO Y VELA

AL SANTISIMO SACRAMENTO

EN LA CIUDAD DE ECIJA,

DIXO

EN LA IGLESIA DEL CARMEN DESCALZO, à presencia de su Nobilisimo Ayuntamiento, del Rmo. P. Fr. Antonio de los Reyes, General de dicha Orden, RR. Prelados, Clero y Nobleza, el dia 28 de Febrero de 1798,

EL R. P. Fr. JUAN DEL CARMELO, ex-Lector de Sagrada Teología, Prior del enunciado Convento, y Consiliario de la misma Real Congregacion.



ECIJA.

POR DON BENITO DAZA.

JESUS, MARIA, Y JOSEPH.

THEMA.

Beati viri tui, et beati servi tui, qui stant coram te semper, et audiunt sapientiam tuam.

Dichosas tus gentes, y dichosos tus siervos, que estan siempre en tu presencia, y oyen tu sabiduría. *Lib.* 3 *de los Reyes cap.* 10. ℣. 8.

¿Y qué, Nobilisimo, Ilustrisimo Senado, (Rmo. Padre Nro.) Sagrado Sacerdocio, Venerables, y Sabios Ministros del Santuario, generosos Patricios, habrá alguno entre vosotros, que dude de la justicia con que yo pongo al frente de mi exôrdio las palabras que acabo de pronunciar? ¿Quando vengo à hablaros à nombre de una escogida porcion del christianismo, que poseida de los sentimientos mas nobles y piadosos une sus votos y deseos para establecer una perpetua adoracion à aquel Dios Sacramentado, debo yo hacer

otra cosa que llamar vuestra atencion à la grandeza de un objeto, cuya vista y real presencia hacen felices à los hombres? ¿No fueron estas expresiones mismas, las que en alabanza de Salomon dixo la Reyna de Sabá, quando atraida de la reputacion y de la fama, que de él se difundia en todo el mundo, vino à exâminar por sí misma, lo que ella no acababa de creer?

Un Rey sabio ocupado todo en la mas recta administracion de su extensa Monarquía, la sabiduria y prudencia de sus consejos, la exâcta disciplina con que regía sus vasallos, la grandeza de sus palacios y riquezas, la magestuosa ostentacion con que él brillaba sobre el Trono, la sábia economía con que tenia en orden à sus domésticos, y exîgia de ellos sus servicios: aquel magnífico y suntuoso Templo, que habia erigido al Dios de sus padres, lo precioso de sus Vasos, lo escogido de sus Víctimas, la multitud y variedad de sus Sacrificios, la gravedad de sus Sacerdotes, fueron para ella un objeto de embeleso, à cuya vista no pudo menos que exclamar llena de entusiasmo: Dichosos tus Corte-

sanos, dichosos tus amigos y tus siervos, felices los que tú honras con tu lado, los que distingues con tus favores y tus gracias, estan siempre en tu presencia, y oyen tu sabiduría: *Beati viri tui, et beati servi tui, qui stant coram te semper, et audiunt sapientiam tuam.*

Pues he aquí, Señores, que sin tener nosotros que emprender largas y penosas marchas como aquella célebre Heroina, sin tener que entrar en las fatigas y peligros de un camino dilatado, con solo salir de nuestras casas, nos hallamos desde luego en la corte y à presencia, no de un Rey de la tierra ocupado unicamente en hacer felices à sus pueblos segun el mundo, sino delante de Jesu-Christo Sacramentado, Rey de Reyes, y Señor de los que dominan, mas sabio, mas rico y liberal que Salomon, mas santo que David, mas piadoso que Josias; y mas interesado en la verdadera felicidad de sus vasallos, que quantos Reyes se sentaron en el Trono en las dilatadas Monarquías de Israél y de Judá: *Et ecce plusqùam Salomon hic.* De un Rey cuya magestad es tan elevada, cuya grandeza y poder son tan inmensos, que tie-

ne el Cielo por Trono, y la tierra por peana de sus pies. Su Corte y residencia la tiene establecida entre nosotros, de todos es bien conocido, no hay alguno que ignore el Palacio donde habita, ni que dexe de saber al mismo tiempo, ser él aquel Rey pacífico que se ha exâltado sobre todos los Reyes de la tierra, y que alegró con su venida à los que abismados en las sombras de la muerte esperaban de él su redencion de largos siglos: *Et ecce plusquàm Salomon hic.*

Verle ahí elevado en ese trono de sus Altares con mas gloria y magestad, que pudo estar Salomon en aquel de oro finisimo que él fabricó para ostentacion de su grandeza. Desde allí mira y gobierna los Imperios, y recibe los homenages de todas las Naciones. Su Templo es todo el mundo, su cuerpo mismo es la víctima y el sacrificio, un Sacerdocio eterno le ennoblece, el pueblo que le adora se llama afortunado, porque es à quien pertenece en propiedad esta herencia del Señor; pero mas dichoso ó mas feliz, porque goza con la mayor inmediacion de su vista, y sus beniguas influencias: *Et ecce plusquàm Salomon hic.*

¿A quien, Señores, no encanta y enternece un objeto tan divino? ¿Quien se acercará al Trono de este Monarca Soberano, que no merezca recibir los parabienes de todo el universo por la imponderable fortuna que le cabe de estar en su vista y su presencia? ¿Y qual deberá ser la vuestra, Congregacion ilustre, que acabais de solemnizar vuestras promesas, de consagraros singularmente al culto y veneracion de esta Magestad? ¿Quien se podrá gloriar del mismo modo que vosotros, que sobre todos los Pueblos y Naciones teneis la honrosa preferencia de ser los privados de este mismo Dios, los dedicados especialmente á su servicio, los que le han de hacer su corte sobre la tierra; y los que mas vigilantes que los centinelas de Israel, le han de formar el cuerpo de su guardia, y han de gozar siempre de su amable compañia? Este distinguido honor, Señores, y esta dichosa preferencia estaba reservada unicamente para estas almas afortunadas. Su zelo, su religion y constancia en promover el culto de Jesus Sacramentado les han merecido esta singular prerrogativa, y que se perpetue de este modo su memoria en

los Anales de esta Ciudad esclarecida tan acreedora de otra parte à esta gloria incomparable.

Porque en efecto ¿donde mejor establecida esta Real Congregacion, que en una Ciudad como la de Ecija, cuya emulacion, empeños, y heredadaà propension al culto de la Magestad, es bien notorio à todo el mundo exceder en muchos grados á las que brillan y sobresalen mas en estos Reynos? ¿Donde se vio jamas union mas íntima, y estrecha para promover las cosas santas? ¿Un zelo mas ardiente para propagarlas? ¿Una firmeza mas christiana para sostenerlas? ¿Una devocion mas tierna à la Santisima Virgen? ¿Ni una aficion mas decidida por sus gloriosisimos Patronos? ¡Que magestad y aparato en sus solemnidades! ¡Que orden en sus ceremonias! ¡Que señorio en sus estaciones! ¡Qual la magnificencia de sus Templos! ¡Que brillantéz la de sus Altares! ¡Y que veneracion tan religiosa y cordial al augusto Sacramento de la Eucaristia! Baste por toda prueba este Jubileo circular solicitado, obtenido, y continuado à expensas de su generosa piedad y devocion. Todo parece

nos anuncia ser esta Ciudad afortunada aquel lugar escogido y santificado por el Señor, para establecer en él su Nombre santo, y hacerlo eterna morada de su mismo corazon, y de sus ojos: *elegi enim, et sanctificavi locum istum, ut sit nomen meum ibi in sempiternum, et permaneant oculi mei, et cor meum ibi cunctis diebus.*

Mas como si todo esto fuera poco, y echase menos alguna cosa con que solidar mas su religion y su virtud: una escogida porcion de sus nobles ciudadanos acaba de formarse en congregacion, y unirse à la que para mayor veneracion à Jesu-Christo Sacramentado tiene la Iglesia ya aprobada baxo los auspicios de uno de los Reyes mas sabios, mas grandes, y piadosos, que han ocupado el trono de esta Monarquía. Carlos IV. ¡Ah que nombre tan amable y tan augusto! El Cielo premie sus virtudes con una Corona mas brillante y permanente, que la que ciñe ahora sus reales sienes para gloria inmortal de nuestra España. Este es aquel Principe Religioso, à cuyos desvelos, actividad, y amor à la religion debió esta el glorioso establecimiento del Alumbrado y Vela à Jesus Sacramentado. Su catolicis-

mo, su tierna y generosa devocion, su amor, su inclinacion, y respeto à la Iglesia santa le conducen naturalmente á estos proyectos grandes, de que ella misma conserva ya gloriosos monumentos que serán de eterna bendicion á su memoria. Vosotros sabeis muy bien quales son los sentimientos de su corazon, qual el fondo de su piedad, la pureza de sus costumbres, la solidez de su virtud, y que consiguiente en la práctica de todas; pero mucho mas de la que es fundamento de ellas mismas, no desdeñó su grandeza añadir à los gloriosos Titulos que le ennoblecen, el de Hermano Mayor de esta misma Confraternidad, à que él habia dado principio. En sus Libros asentó en primer lugar su Nombre con el de sus augustos hijos, y en seguida los de la numerosa y brillante comitiva de sus Cortesanos: obligandoles á alternar en las horas que se les señalan en su Real Capilla, para velar y asistir à Jesu-Christo Sacramentado. El mismo Soberano con su augusta Esposa y Real Familia les dan el primer exemplo.

Ah! Que espectáculo tan tierno y edificante! ¿Quanto no debe esperar esta

nuestra naciente Congregacion à la sombra de este Héroe de la Religion, que por un efecto de su bondad misma acaba de declararse Hermano Mayor de ella? ¿Que progresos tan felices no debe igualmente prometerse, quando ella da principio à sus fervorosos exercicios en la Casa, y baxo los auspicios de la gran Teresa de Jesus? De aquella muger virtuosa y sabia, cuyas delicias y consuelo fueron siempre en la presencia de este Sacramento augusto. Al pie de sus altares encontraba en abundancia las luces y la gracia que le guiaron à esos proyectos grandes, que emprendió ella para mayor honra y gloria del Señor, y que supo conducir hasta los fines mas gloriosos. Esta fue la ilustre madre del bendito Hermano Fr. Gerónimo de San Eliseo, (1) adorno de mi Sagrada Religion, à quien debe nuestra España despues del Reyno de Nápoles la propagacion de es-

(1) *Nació en Nápoles: murió en el Convento de San Hermenegildo de Madrid el dia* 20 *de Octubre del año de* 1795, *á los* 57 *de su edad; y la Real Congregacion del Alumbrado y Vela establecida en la Real Capilla le hizo solemnes honras en el citado Convento el da* 1 *de Febrero de* 1796.

te nuevo culto al Señor Sacramentado: de sú ternisima devocion y amor à este Soberano Misterio le nació el pensamiento grande de establecer estas piadosas Congregaciones para su mayor veneracion y obsequio. A su fomento se prestaron desde luego con la mayor benignidad nuestros Católicos Reyes y Señores, baxó cuya real autoridad y proteccion son muchas las que se hallan hoy establecidas en varias Ciudades de sus Reynos. (1)

Bendito seais Dios mio, que con tanta bondad y sabiduría prevenís y preparais todas las cosas para vuestra propia exâltacion, y acrecentamiento de vuestra gloria. Digno sois, Señor, de las bendiciones y alabanzas de todas vuestras criaturas, y que en este Misterio soberano, obra principe de vuestra gracia, se reunan y terminen las adoraciones y respetos, que por tantos otros títulos os son tan justamente

(1) *Esta devocion se ha propagado felizmente en España, y sus Américas: en los Reynos de Andalucia, ademas de las Ciudades de Sevilla, Granada, Cadiz, Xerez, Cordoba, Ecija, y Villa de Aguilar, que tienen ya establecidas sus Congregaciones, se estan formalizando otras en varios Pueblos.*

debidos. Dichosos los que os sirven, dichosos los que os adoran, felices los que estan siempre en vuestra presencia, y oyen vuestra sabiduría: *Beati viri tui, et beati servi tui, qui stant coram te semper, et audiunt sapientiam tuam.*

Aspiremos, Señores, à esta dicha. No puede ser mas oportuna la ocasion que se nos presenta para conseguirla: con solo media hora de vela bien tenida en la semana ante aquel Dios Sacramentado, os puedo asegurar en el nombre del Señor la posesion de aquella gloria. Este es el deber sagrado que impone à las personas de ambos sexôs la piadosa Congregacion, que hoy solemnemente se establece: en ella toca dar à cada uno las pruebas mas vigorosas de su piedad, de su religion, y de su fé. A nosotros pertenece, como obligacion indispensable de nuestro Instituto, desagraviar con una adoracion continua à aquella Magestad de tantos desacatos è inreverencias, de tantos insultos, y menosprecios, de tantos ultrages y abandonos, como todos los dias recibe en los Altares, menos de parte de los incrédulos é impios, que al fin carecen de la fé de estos mis-

terios; que de los malos christianos y católicos, cuyos desordenes, é indiferencia desfiguran con vergüenza su misma Religion.

Ah! ¿Y como podré yo entraros en estas ideas saludables? ¿Como podré aficionaros à una devocion tan util à nuestra misma justificacion, como digna de aquel Dios á quien debemos de justicia nuestros respetos y homenages? Al contemplar yo como en el Cielo los recibe de sus Angeles y Bienaventurados; como estos espiritus afortunados y felices estan siempre ocupados de aquel soberano objeto que los ilumina y beatifica; no dexo de considerar tambien, que gozando nosotros como ellos de la real presencia de nuestro Dios en este Sacramento, estamos en igual deber de no apartar de él nuestra atencion, y estar siempre en la presencia de un Dios que nos puede santificar, é iluminar del mismo modo que à ellos. Menos dichosos que los Angeles, es verdad: nosotros no vemos lo que poseemos como estos espiritus felices: para estos estan siempre levantados aquellos sagrados velos que à nosotros nos le ocultan: para ellos no hay sombras, no hay enigmas, no hay misterios: de

ellos se dexa ver en todo su esplendor y su hermosura, entretanto que nosotros tocamos solamente lo exterior de este Misterio; sin darsenos á ver sino por fé la substancia y ser de esta grande obra.

Pero consolemonos, Señores: esta que es la fatal situacion de nuestro destino: esta misma obscuridad y estas tinieblas respetables, baxo las quales adoramos á este omnipotente Dios que quiso por medio de ellas obrar nuestra justificacion y nuestro mérito, son las mismas que miradas à otro aspecto, hacen el fondo total de nuestra consolacion y nuestra gloria. Digamoslo, Señores, de una vez, y no retardemos mas un pensamiento, que naturalmente se desprende de estos principios. El mismo objeto que hace la Bienaventuranza de los Santos en el Cielo, forma tambien nuestra felicidad sobre la tierra. He aquí una proposcion general, que apoyada en dos razones poderosas, harán las dos partes de este discurso. *La primera*: porque à reserva de las sombras, nosotros gozamos de la presencia real de nuestro Dios en la Sagrada Eucaristía, del mismo modo que los Angeles la gozan en el Cielo: *Beati viri tui, et beati*

servi tui, qui stant coram te semper. Toca, pues, à nosotros darle como ellos una adoracion continua. *La segunda*: porque à reserva de estas mismas sombras, nosotros somos instruidos en las verdades mas puras por la Sagrada Eúcaristía, del mismo modo que los Angeles son iluminados con ellas en el Cielo: *et audiunt sapientiam tuam.* Debemos cuidar mucho, que hagan sobre nosotros las mismas impresiones. En dos palabras: la adoracion continua á Jesu-Christo presente en los Altares, y las ventajas que de ella nos debemos prometer van à ser toda la materia de vuestra piadosa atencion?

¿Y à quien otro que à vos, Soberano Señor Sacramentado, pertenece hacer ahora, que esta breve doctrina que yo voy á exponer á esta nueva Congregacion erigida en vuestro nombre, sea un estímulo eficaz que avive su fé y devocion à este Misterio de vuestro amor? Siendo para vos la gloria, aunque para nosotros sea la utilidad, no podreis negaros á dar á mis palabras la fuerza ó energía de que ellas son susceptibles; para que ni vos seais defraudado de las adoraciones que se os deben, ni tampoco pierda vuestro pueblo el

espiritual interes que de ella pueda sacar. Todo es posible à vuestra gracia, Dios mio: y yo espero me concedais, la que ahora necesito, por los méritos de vuestra augusta Madre, si llenos de respeto la saludamos con el Angel. *Ave Maria.*

PARTE PRIMERA.

Dexemos, Señores, perderse à los incrédulos en el abismo insondable de misterios que encierra dentro de sí solo el grande, el magnífico, y sobre todos adorable de la Santa Eucaristía. Cerremos nuestros oidos à esas sátiras picantes, à esas blasfemias é invectivas, à esas groseras bufonadas con que tratan de hacer irrisorios nuestros cultos; y entretanto que estos sectarios de la impiedad se avergüenzan de reconocer en este Sacramento la exîstencia real de nuestro Dios, confesemosla nosotros con la Iglesia y con los Angeles, afianzemos cada dia mas nuestra creencia contra los ataques y seduccion de estos impios, y adoremos en el fondo de nuestra alma á un Dios presente en nuestros Altares, así como lo está él en el Cielo á vista de sus

escogidos. Así nos lo ordena expresamente Jesu-Christo, asi nos lo manda la Iglesia nuestra Madre, asi lo recibimos de nuestros mayores; y de esto nos dan el primer exemplo los Angeles y Bienaventurados. Nosotros debemos, pues, por principios de Religion y de nuestro Instituto dar à Jesu-Christo en este Sacramento un culto de adoracion continuo y fervoroso: una adoracion llena de fé, de amor, de respeto, y gratitud capaz de atraer sobre nosotros las misericordias del Señor, y las gracias y bendiciones que estan á ella prometidas. Es decir: que nosotros debemos dar á Jesu-Christo Sacramentado una adoracion que triunfe de las tibiezas de nuestro corazon: una adoracion victoriosa de los humildes velos con que allí nos oculta su presencia; y una adoracion en fin superior á los obstáculos que nos puedan detener para venir con freqüencia à visitarle en sus Templos.

No es por ajar vuestra fé y vuestra piedad, amados hermanos mios, ni por rebaxar en cosa alguna el justo aprecio en que teneis á nuestra santa Religion, por lo que yo os digo, que debeis dar á Jesu-Christo Sacramentado una adoracion que

triunfe de las tibiezas de vuestro corazon. Sé muy bien las Personas y Pueblo con quien hablo; y yo ofenderia altamente los respetos que le debo, si viniese hoy á hacerle una mision, qual pudiera llevarse á las regiones del Norte, ó á alguno de esos Reynos desgraciados que acaban de perder la fé de estos Misterios. Sobre esto (gracias al Señor) nada tengo que prevenir á un Pueblo católico y fiel de profesion: que se gloría de su religion y de su fé: que sabe apreciar en mucho este distinguido beneficio no concedido á tantas Naciones bárbaras, y aun cultas; y que por su gloria y su defensa no dudaria derramar gustoso hasta la ultima gota de su sangre. Mas como no basta creer y confesar este Misterio, sino que es indispensable adorarlo tambien en los Altares: ved aquí, porque me veo hoy en el gustoso encargo de exhortaros á un deber que nos iguala con los mismos Angeles, con quienes dividimos las horas y los instantes que consagramos en veneracion y culto de aquel Dios, que está en este Sacramento.

Adorable Jesu-Christo en todos los lugares donde está presente en quanto Dios

por su inmensidad y su poder; el Eterno Padre nos le propone como objeto de nuestras adoraciones singularmente en el Sacramento de la Eucaristía, quando despues que mandó á los Angeles le adorasen en el Cielo, mandó tambien à los hombres le adorasemos sobre la tierra: dad gloria al Señor, nos dice por el Real Profeta, y extended vuestras adoraciones y respetos hasta el asiento ó tarima de sus pies: *exâltate Dominum Deum nostrum, et adorate scabellum pedum ejus.* ¡Que palabras tan enérgicas! ¡Que Misterios tan incomprehensibles! Ignoraba yo, dice el gran Padre S. Agustin, lo que Dios nos queria decir por su Profeta, quando nos ordena en sus palabras que adoremos el asiento de los pies del Señor, que es la tierra. Yo no podia comprehender como pudiera cumplirse este mandato sin cometer una impiedad, y hacernos reos de una pérfida idolatría. Al fin yo encontré el misterio y el secreto en el Sacramento de nuestros Altares. Jesu-Christo es el que aquí se nos propone por objeto de nuestra veneracion y nuestro culto: su carne aunque formada como la nuestra de la tierra, que es la nombrada en las

santas Escrituras el asiento de los pies del Señor, considerada en la Persona del Salvador y Sacramento de su cuerpo, viene á ser un Trono mas respetable que el de los Reyes del mundo; y bien lexos de pecar nosotros adorandole, siría un delito enorme negarle nuestros respetos mas profundos. *Inventum est quemadmodum adoretur tale scabellum pedum Domini, ut non solum non peccemus adorando; sed peccemus non adorando.*

Este es el real y augusto trono en que ha querido exâltarse, y atraer á sí los respetos y homenages de sus criaturas. Aquí, en este Sacramento, en este mismo cuerpo y carne sacrosanta, en que cayeron de lleno tantos oprobios é ignominias: este que fue el signo de contradiccion puesto por su Eterno Padre contra quien habian de descargar, y descargaron sus tiros la embidia, la malignidad, y el odio: en esta que fue la despedazada á azotes, desgarrada con espinas, cubierta de heridas y de afrentas, escarnecida y ajada por la saña y el encono de una multitud la mas impía y detestable: en esta misma carne, vuelvo á repetir, quiere recibir ahora la

bendicion por la maldicion, la veneracion por el menosprecio, la adoracion y el culto por la profanacion, el amor por los ultrajes, el aprecio por el abandono, la obediencia por la insurreccion; y que estos mismos hombres por cuyo amor la puso en toda su desnudez pendiente de un madero sean ahora los Ministros de su desagravio, y los reparadores de su misma gloria.

¡Que fondo de bondad y misericordia, Dios mio! ¿Pero como fiais asi del hombre la causa de vuestro honor? ¿Pues no fueron estos miserables los que ni recibieron, ni quisieron dar oidos à vuestra mision soberana: aquellos por cuyas manos impías fuisteis sacrificado en un patíbulo: los que desprecian vuestros beneficios, os abandonan por las criaturas, profanan vuestros Santuarios, y llevan su temeridad è insensatez hasta subir á ese augusto tabernáculo à levantaros de vuestro Trono, arrojaros por esas gradas, y substituir en el lugar santo los infames ídolos de sus locas prevaricaciones? Ellos han sido sin duda; pero Jesu-Christo insiste en llamar al hombre al pie de sus Altares. Aquí quiere aga-

sajar y reconciliar consigo, como amoroso Padre de familias, á tantos hijos ingratos y desleales: como Pastor vigilante cuida de volver à su rebaño estas obejas descarriadas; porque aquí mismo de donde hicieron su desercion y apostasía, y pusieron el colmo á sus maldades les tiene preparada una gracia mas victoriosa y abundante. *Ubi autem abundavit delictum superabundavit gratia.*

Para esto quiso quedarse Sacramentado entre nosotros: á este admirable proyecto ordenó su providencia los misterios de nuestra misma reparacion: esta queria que fuese la memoria eterna, de todas sus maravillas; y este era el fin de su mision soberana dexar sellado con su mismo cuerpo y sangre el amor con que siempre miró al hombre, y de quien apenas acertaba à separarse desde que vino al mundo para su remedio. En efecto, ¡que coloquios tan dulces y amorosos no tenia con sus amados Discipulos en visperas de su Ascension maravillosa! ¡Que torrentes de amor y de delicias no derramaban en sus corazones aquellas palabras cariñosas y de vida eterna! ¡Que trato tan familiar y lleno de confian-

za! No: ya no os llamaré en adelante siervos, sino amigos mios muy amados, les decia; porque de quantos misterios entendí de mi Eterno Padre os he hecho sabedores y participantes. Tengo concluida la grande obra que se me habia confiado: es indispensable que vuelva al mismo que me embió: con todo yo no trato de dexaros huerfanos. Si quando conversaba con los hombres estaba unido á mi Padre segun la forma de Dios, ahora que me vuelvo á él quiero quedarme con vosotros baxo la forma accidental de pan; porque este es mi Testamento eterno y última voluntad, quedarme Sacramentado entre los hombres hasta la consumacion entera de los siglos: *Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consumationem saeculi.*

¡Que palabras, que expresiones tan amorosas y obligantes! Atónitos los Angeles al entenderlas baxan á millares de los Cielos: nada tardan en rodear aquel Trono respetable: llenos de júbilo y de pasmo ofrecen nuevos inciensos à su Rey: allí entonan de nuevo el cántico de su alabanza: en toda la celestial Jerusalén resuena el eco de sus voces: los Bienaventurados

las reciben, y alternan con las suyas desde el Cielo, de modo, dice el Padre S. Juan Crisostomo, que no hay Templo ó Iglesia que guarde este depósito sagrado, que no pueda llamarse un nuevo Cielo, y otra Corte Celestial de este mismo Rey: *Ubi est Christus in Eucharistia, ibi etiam non de est Angelorum frecuentia: ubi autem talis est Rex, et talis Princeps, ibi est coeleste Palatium immo ipsum Coelum.*

Ah! que espectáculo tan bello! ¿Que no fuera á mí dado el poder representaros con viveza la prontitud y amor con que le sirven, la sumision con que le adoran, el respeto con que están en su presencia; y aquel ademan húmilde de cubrir el rostro con sus alas en demostracion de su rendimiento à un Dios à quien no se juzgan dignos de mirar? Jamas entraron en el Templo adoradores mas dignos de aquella Magestad excelsa; nunca recibió el Cordero inmaculado un obsequio mas puro y digno de su soberanía, que el que le ofrecen estos espiritus purisimos; ni alguna vez se vio la criatura mas sumisa al Sér supremo. Lo mas grande y mas ilustre de sus celestiales coros está ahora mismo humillado al

pie de estos Altares: las distinciones todas con que la gracia ordenó sus Gerarquias no son otra cosa que poderosos motivos para abatirse mas en su presencia; y los títulos de excelencia y superioridad que tienen sobre nosotros los confunden gustosamente con la baxeza del hombre, quando mezclan sus voces con las nuestras para formar el éco de sus alabanzas. Mas como es para nuestro consuelo y alegria mas bien que para ellos, el haberse quedado presente Jesu-Christo en estos Tabernáculos: he aquí porque todos los dias, todas las noches, todos los momentos ó instantes de nuestra vida deberiamos imitar su exemplo, y formar un coro con estos espiritus angélicos, tan sostenido y permanente en las alabanzas de aquel Dios, como ellos lo son en adorarle, y tributarselas ál mismo tiempo. Deberiamos quando las comienzan continuarlas igualmente, adorandole ellos adorarle, al extender sus alas dilatar nuestros corazones, é imitar su permanencia al pie de este augusto Trono, protestando los mismos respetos de veneracion que ellos à este adorable Redentor.

¿En qué, pues, nos detenemos, ama-

dos mios, para prestar á Jesu-Christo Sacramentado estos obsequios? ¿Por qué diferir mas esta continua adoracion y vela, y no llegar todos los dias al pie de los Altares á derramar en su presencia nuestros corazones? Acerquemonos con la mayor confianza á este trono de la gracia; y á menos que la frialdad de nuestro espiritu no haya helado nuestra fé, no dexaremos de sentir el fuego soberano que sale de aquel Propiciatorio, para abrasar en su amor á los que se acercan á adorarle. Si Jesu-Christo estubiera en la Sagrada Eucaristía como los Reyes de la tierra estan sobre sus Tronos: si como ellos dispensara sus gracias y favores á un pequeño numero de cortesanos, entretanto que el vasallo humilde es detenido con altivez por sus guardias, para que no se acerque mucho á su persona, se dexa entender muy bien, que el temor de caer en la indignacion del Principe á qualquiera pudiera retraerle de arrimarse muy cerca de su Trono.

Mas quando tenemos nosotros la incomparable fortuna de estar al servicio de un Rey del acceso mas dulce y mas amable

para todos sus vasallos: quando á todos los iguala con su amor, y reparte sin distincion ni preferencia sus gracias y sus dones al pobre como al rico, al noble como al plebeyo, al pequeño como al grande; de modo que no hay alguno, que si quiere no pueda llamarse su favorito y amigo: quando él mismo nos alarga su mano real y bienechora, y hace lugar por medio de sus Angeles para acercarnos á su Trono, para arrimarnos á su pecho, para acariciarnos en su regazo, y sentarnos tambien en su Mesa soberana: quando él mismo se digna asegurarnos ser un Padre compasivo y tierno, que sabe lastimarse de nuestras dolencias y enfermedades, porque él mismo estubo rodeado de ellas; que sabe y quiere condolerse de los ignorantes y de los que yerran; y que es al mismo tiempo el remedio de nuestros males, el consuelo en nuestras penas, la luz en nuestras dudas, el apoyo de nuestra flaqueza; el que sana, el que anima, el que ilumina y fortalece..... ¡Ay Dios mio! ¡Y que lánguida y enferma de peligro se hallaria nuestra fé, si sobre tanta bondad y misericordia pasara el hombre miserable á disipar entre las

criaturas el tiempo que podia consagrar para bien y remedio de su alma al pie de estos Altares! ¡Si atento unicamente á llenar los dias de su vida con cuidados inútiles y acaso perjudiciales, no dedicase un rato en la semána para consultar con Dios el que mas le importa, que es el de su eterna salvacion! ¡O si todo engreido y alucinado con los placeres del siglo no quisiera comparecer delante de Jesu-Christo Sacramentado, sino forzado por el exemplo de sus iguales, por el bien parecer, y que no digan! Con semejante conducta, Señores, bien presto perderiamos la fé de estos misterios, ó llegaria la tibieza de nuestro corazon á tal grado de insensibilidad, que no percibiria estas verdades inefables, de cuyo justo aprecio hacen un deber las almas fieles, para estar siempre en la presencia de este adorable Sacramento al menos con el espiritu.

Pero si por fortuna conservamos la fé de estos arcános: si aun arde en nuestros corazones esta saludable antorcha; y por no ver sobre aquel Trono todo el aparato y magestad de un Rey que excede infinitamente en gloria à todos los de la tierra: si porque siempre se presenta á nuestra vis-

ta baxo unos velos y sombras, que no hieren nuestros sentidos con el esplendor y brillantéz que de sí despiden lo grande, lo opulento, y lo magnifico, se ha llegado á apoderar de nuestras almas el fastidio y languidéz para no venir con freqüencia à visitarle en sus Templos; salvemos con tiempo nuestra fé de un escollo que le amenaza, y no hagamos aprecio alguno de estos sentidos que facilmente nos alucinan. Dirijamos mas alto nuestras miradas: levantemos nuestro espiritu sobre la pesadez de este cuerpo grosero y corruptible, que nos inclina siempre á lo carnal y lo terreno: acerquemonos con el respeto mas profundo à aquel Propiciatorio: adoremos, pero no queramos levantar el tremendo velo que oculta alli á la Magestad excelsa; y las luces de nuestra misma fé nos harán ver en aquella Hostia Sagrada á un Dios, que no exîge menos de nosotros por estar disfrazado en estas humildes apariencias; ni nosotros le debemos dirigir menos respetos, porque no se presente á nuestros ojos con toda la ostentacion y magestad que le son propias.

Este es el mismo Dios, que ha sido,

es, y será eternamente el fuerte, el terrible, el grande: *Terribilis Dominus, et magnus vehementer.* Este es el que hace humear los montes de solo tocarles con su dedo: el que humilló la soberbia y arrogancia de Faraon y de su exército: el que se sentó tranquilo sobre los escombros y cenizas de las Ciudades prevaricadoras abrasadas con el fuego de su ira. Y el que hablaba á los hombres sobre el Sina entre el estruendo y el espanto de relampagos y truenos, es el que está ahora en aquel Altar no menos Dios que lo era entonces, ni menos digno de nuestras adoraciones y respetos, porque su amor oculte allí á nuestros ojos este terrible caracter de su tremenda magestad.

En efecto, el mismo Dios que castigaba con muerte desastrada à los que tenian la osadia de acercarse al monte donde él daba sus oráculos: el que privó à Oza de la vida por la inconsideracion de haber tocado con su mano el Arca del testamento, y el que expió con la muerte de mas de cinqüenta mil Bethsamitas la curiosidad de descubrir esta misma Arca, es el que sin mudar de naturaleza ni caracter, y solo por un efecto de su bondad misma da ahora la

vida al que se acerca á su Trono, el que santifica al que toca y recibe dignamente su Cuerpo Sacramentado; y el que franquea generosamente sus tesoros á los que quieran apropiarse de ellos. ¡O Dios grande! ¿Quando pudo esperar el hombre tanta bondad de la severidad de vuestra justicia, sino fuerais al mismo tiempo un Dios de infinita misericordia?

¿Y como habia de ser, Señores? Si Dios trataba de familiarizarse con las criaturas de un modo que no les impidiesen su acceso los resplandores de su grandeza y magestad, no podia ser sino ocultando sus atributos, obscureciendo su soberanía, anonadandose á sí mismo, y abandonandose hasta el extremo de la humillacion mas espantosa; para que el hombre caido se levantase, se fortaleciese, prosperase, y tuviese vida; para que él no temiese acercarse à un Dios, que sabe que le ama, y que le distingue; para que él formase el plan de su fortuna y felicidad sobre el abatimiento de su mismo Criador, y para que contase siempre con su gracia y proteccion, si él la ha de buscar como debe en el Santuario y al pie de sus Altares. Alli le en-

contraremos siempre benigno, amoroso, y lleno de bondad: siempre accesible à nuestros ruegos: siempre pronto à condescender con nuestras súplicas: inclinado y dispuesto en qualquiera hora à hacernos mas bien del que nosotros acertemos à pedirle; y obligandonos sin cesar con las mas dulces expresiones à que aprovechemos la favorable ocasion, que nos presenta de aplacar la hambre y sed de justicia que tengamos con ese Pan de los fuertes, y vino generoso que ofrece á qualquiera que lo busca sin interés ni conmutacion alguna. Aqui no hay que temer que él se fastidie ó enoje con la instancia repetida de nuestras súplicas, que cierre sus oidos à nuestros clamores, que se alexe de nosotros por no oirnos, que desplegue sus labios para reprehender nuestra importunidad, ò que nos detenga con su mano poderosa para que no nos acerquemos à su Trono.

En este adorable Sacramento no tiene manos para hacer, no tiene pies para caminar, no tiene ojos para ver, no tiene oidos para oir, ni tiene boca para hablar; porque todo humillado y abatido está en

una extrema inaccion ; y aquella infinita inmensidad con que llena todo el mundo está como coartada en la mayor ó mas pequeña Hostia. Aunque nada pierda aqui de aquella gloria que le es tan esencial, por mas que la oculte y robe á nuestra vista; aunque reciba en este Sacramento un nuevo ser, y aquella admirable vida, que llamamos Sacramental: aunque su Cuerpo encuentre alli una existencia milagrosa, y una especie de inmensidad, que con los otros atributos forma una cadena de prodigios: ¿qué le queda à este buen Dios de todas las ventajas que adquiere en la Sagrada Eucaristía, quando se encierra para que nosotros le adoremos en un Sagrario, que viene à ser como una prision ó calabozo, que aunque lleno de resplandores y de gloria no nos dexa ver siquiera un rayo de sus luces?

¿Qué quiere decir un eclipse tan universal, Monarca soberano? Las inhumanas y viles criaturas de quienes os dexasteis vencer por vuestro amor os han humillado de tal suerte, que despues de no haber dexado en vos ni semejanza de hombre; vos mismo os habeis querido anona-

dar tanto por ellas, que en sentir del Pa-
dre San Dionisio Alexandrino habeis como
dado en este Sacramento la ultima mano à
vuestras mas espantosas humillaciones: *Ulti-
ma Dei exinanitio facta ad usum nostrum.* ¿Pu-
do ponerse en una situacion mas deplora-
ble el Señor del Universo? ¿Pudo hacer
mas por los hombres para empeñarles á una
adoracion y rendimiento, que ellos sin tan-
to motivo estan obligados siempre à tribu-
tar á aquella Magestad excelsa? ¿Y qual es
nuestra correspondencia á tamaño beneficio,
y una bondad tan excesiva? ¿Tratamos de
visitar à Jesu-Christo en este lugar de su
humillacion y abatimiento, y hacer que
triunfen nuestras adoraciones y respetos del
lastimoso estado à que por nuestra causa na-
da mas se vé reducido el Salvador de los
hombres?

¡Ah Señores! y quanto tenemos que cor-
regir en esta parte. Ni fue tan compasiva
la situacion de Job en medio de sus trage-
dias, como es la de Jesu-Christo en sus Al-
tares, ni sus tres amigos le habian causa-
do la menor de sus desgracias; y apenas
llegaron á entender la historia de sus infor-
tunios, quando salen despavoridos de sus

Palacios, abandonan sus Estados, se encaminan à su territorio para consolarle en su desgracia, y darle la mayor prueba de su amistad, acompañandole siete dias y siete noches en el desamparo mayor que se vio hombre. Tantas atenciones y respetos de parte de estos Principes eran debidos de justicia à un Soberano como Job, cuyo gobierno amable y lleno de bondad fue siempre el apoyo del menesteroso, el asilo de la inocencia, el refugio del huerfano y de la viuda, y la salud general de todo su pais.

Y si por estos hechos tan recomendables, y justificaciones de su vida, se hacia Job acreedor á estos obsequios en medio de sus trabajos ¿á quien mas de justicia se le deben que à nuestro amable Redentor Jesus? ¿Quién mas inocente y justificado en todas sus acciones? ¿Quien mas indulgente y liberal con sus amigos? ¿Quién mas compasivo y lleno de bondad para todo el que le busca? ¿Ni quien mas pronto que él para levantar al caido y reforzarlo con su gracia? ¿Quién se vio por otra parte mas humillado y abatido baxo el peso de sus desgracias que este Varon de dolores? ¿Quién mas abismado que él en los opro-

bios, mas lleno de enfermedades, mas odioso á sus enemigos, ni mas batido de contradicciones en todo el progreso de su Pasion santa? Cubierto de la lepra de nuestras culpas, el último y mas despreciado de los hombres, desfigurado su semblante hermoso, y apenas conocido de los Profetas mismos que nos le pintan, se presenta todos los dias à nuestra consideracion en los Altares, donde hace la memoria dolorosa de su Pasion y de su muerte, y de un modo capaz de excitar la compasion y la ternura.

¿Pero donde estan ahora los amigos de este hombre Dios, que noticiosos de la escena trágica, que él representa en sus Altares vengan á consolarle en medio de sus penas, á considerar la causa de sus males, á dividir con él sus amarguras, y à acompañarle, como los amigos à Job siete dias y siete noches? ¿*Unde quaeram consolatorém tibi*? ¿Qué digo yo siete dias? ¿Donde estan los que dediquen un rato à considerar estos misterios? ¿Los que en ademan de penitentes, cubiertos de lágrimas y de ceniza, y despedazado su corazon de dolor como nos manda un Profeta entren por esas Iglesias para consolar à Jesu-Christo en sus

desgracias, llevando en sus manos, y semblantes las señales de su penitencia; y detestando desde luego los desordenes que acarrearon à este buen Dios tantos males? ¿*Et sustinui qui simul contristaretur et non fuit; et qui consolaretur et non inveni*? ¿Donde estan los que interrumpen esos negocios y tratos por lo comun injustos é indebidos, los que dan de mano à los placeres del siglo? ¿Donde, los que salen de ese comercio bullicioso que tanto les perjudica, y vengan à buscar delante de Jesu-Christo Sacramentado el sosiego ó paz de sus conciencias, el acierto en sus determinaciones, el consuelo en sus fatigas, el alivio de sus males, y lo que mas les debe interesar la salvacion eterna de sus almas? Hay lugar y tiempo para todo, menos para los exercicios de devocion y de piedad. El recreo, la diversion, y los placeres llenan la mayor parte de los dias del hombre: se superan dificultades al parecer invencibles para venir al logro de un dia, ó de una semana de eso, que con el nombre de honesta recreacion oculta tantas torpezas: se alegan mil pretextos frívolos para exîmirse de una pequeña obra de pie-

dad: los dias, los meses, y los años vienen cortos à los hombres para buscar sus intereses; y ved aqui como ocupadas tan inutilmente todas las horas del dia, no pueden dedicar siquiera una para velar con Jesu-Christo, quando él mismo nos la pide, y nos reconviene con su falta: *Non potuistis una horâ vigilâre mecum.*

¿Quién nos podrá exîmir, Señores, de una obligacion tan esencial? ¿Qué negocios, qué ocupaciones, ó cuidados pódrán robarnos de tal manera el tiempo, que asi como nos dexa muchos ratos libres para el ocio, y el descanso, no nos dexe tambien otros muchos para darlos à Dios si queremos, sin faltar por esto cada uno á las obligaciones de su casa, de su familia, y sus domesticos? ¿Qué hombre hubo jamas sobre la tierra atento à ocupaciones mas serias que el Santo Patriarca Noé, despues que salió del Arca? ¿Pero quien mas zeloso que él al mismo tiempo para dar à Dios lo que era suyo, con preferencia à los demas cuidados que estaban á su cargo? Con todo de que á él solo tocaba repartir la tierra entre sus hijos, y darles leyes y ordenanzas que habian de ser la basa ó

fundamento de los Reynos y Repúblicas: sin embargo que era de su primera atencion destinar desde luego los vivientes á los lugares que les estaban señalados: las aves á los ayres, los insectos y reptiles à las campiñas y bosques, las bestias indomables á las selvas, y conservar las menos feroces para el servicio de las gentes; lo primero que hizo este grande hombre quedandose en la montaña, fue levantar alli un Altar á Dios, donde con un solemne sacrificio le rindió las debidas gracias por el memorable beneficio que le acababa de hacer, para enseñarnos, dicen los Padres y Expositores, que nada nos puede dispensar de ofrecer todos los dias al Señor en su Templo el sacrificio de nuestros corazones, como la primera y mas esencial obligacion del hombre, por muchas, arduas, y executivas que sean las que tenga á su cuidado.

¡Pero que ceguedad y que locura la nuestra! Este que por tantos títulos es, y debe ser el primero de nuestros deberes viene á ser por nuestra indolencia é insensatez el último de nuestros cuidados; y acaso alguno no lo contará en el número de

los que tiene sobre sí, y à cuya atencion y desempeño se reconozca obligado. No hay cosa mas facil para el hombre, que proporcionar la ocasion y tiempo de pasar á hacer cumplidos à las criaturas, quando en nada se piensa menos que en cumplir con el Criador. Se buscan como con ansia, y aun se pretextan razones frivolas para repetir visitas: se incomodan los hombres mutuamente por llevar en todo su rigor un ceremonial fastidioso y lleno de etiquetas: olvidan muchas veces hasta sus mismos intereses, y aun las obligaciones mas sagradas por no faltar á eso que llaman politica y razon de estado, quando no pueden ellos ignorar, que tantas horas perdidas pudieran ser aprovechadas delante de un Sagrario, y recompensadas magnificamente por un Dios que las desea, las pide, y las agradece. Para gastar los dias y las noches en tertulia, en bayles, en juegos, en paseos, y diversiones no hay quien no se encuentre dispuesto, y con una salud cumplida y vigorosa: en tales ocasiones nada les detiene ni embaraza: el modo, las horas, y las circunstancias, todo le combinan facilmente, menos quando se trata de pasar á la

Iglesia à visitar à Jesu-Christo Sacramentado; porque entonces ademas de las frívolas ocupaciones que se alegan, despiertan y dan la cara los achaques y dolencias que dormian con ellos en medio de sus placeres. Si se lleva à los enfermos apenas hay quien le acompañe: si se manifiesta en los Tabernaculos son pocas las personas que le visitan: y si se presenta en medio de esas calles como en triunfo, aunque sean muchos los que le siguen es menos por amor y devocion, que por hacer mas visible en la concurrencia el luxo, la ostentacion, y vanidad con que al parecer pretenden disputar à Dios su misma Soberanía.

Al mismo tiempo que Jesu-Christo parece dexar la corte de los Cielos para venir á tenerla entre los hombres, nosotros nos desentendemos de este imponderable beneficio como si nada le debieramos: sus mayores complacencias y delicias las tiene en estar con los hijos de los hombres, y ellos se fastidian y disgustan de la compañia de este amoroso Padre y fiel amigo: su presencia nos la prodiga en los Altares, y nosotros nos manifestamos muy codiciosos de la nuestra: dentro de nuestra misma

Patria le tenemos, y en nada pensamos menos que en atender á tan soberano huesped; y entretanto que nos distraemos fuera de nuestras casas en mil fruslerias, y vagatelas, Jesu-Christo se lamenta de su soledad, y de ver la suya desamparada y desierta: *Domus mea deserta est.*

¿Donde está, Señores, nuestra fé? ¿Qué se ha hecho de nuestra piedad? ¿Qual es el zelo de nuestra Religion? Acordemonos de aquel distinguido oficial de una Reyna de Etiopia, de quien nos hablan los hechos de los Apostoles. Ah! ¡Que confusion para nosotros! Primer Ministro del mas dilatado Imperio, y Superintendente general de su Real Hacienda, y de sus rentas abandona la Corte, sale de su Pais, atraviesa regiones no conocidas para ir á Jerusalén á hacer oracion à Dios, y tributarle sus adoraciones y respetos en el Templo. ¿Y quantos pretextos legitimos al parecer pudieron oponerse á sus designios? ¡Que delicados asuntos los de su cargo y ministerio! ¡Que negocios tan arduos y de tan escabrosas conseqüencias! ¡Que cuidados los de un hombre que tenia solo sobre sí el peso y el gobierno de una basta Mo-

narquía! ¡Qual debia ser su temor de ser suplantado por otro en su ausencia, como acaece comunmente con los que gozan de muy cerca las distinciones de los Principes. Ah! ¡Que nudos estos tan estrechos para dexarle ligado y sin arbitrio al lado de una Reyna que le amaba! Nada se le oculta á este Ministro sabio y religioso: todo lo vé, todo lo pondera y exâmina; pero al fin nada es capaz de hacerle variar su heroyca resolucion. Sabía él muy bien que un alma fiel sabe elevarse quando quiere sobre todo: que nadie le tiraniza ni es capaz de dominar quando intervienen y concurren con su obligacion primera las que son de un orden muy inferior: que en el Templo y al pie de sus Altares asegura el hombre bienes mucho mas interesantes, que los que puede poner entre sus manos la fortuna: que con ellos debe contentarse y aquietar sus legitimos deseos en vez de codiciar lo que ofrece un mundo faláz y lisonjero, que le expondrán de continuo á las mayores quiebras y peligros.

No podia discurrir de un modo mas elevado un Pagano ó Gentil como era este, aunque comenzaban ya à rayar en él

las luces de la gracia. ¡Pero que no hubiera hecho en obsequio y veneracion de la Deidad, si él hubiera comprehendido, que ademas de quanto puede interesar el hombre al pie de los Altares, es igual su felicidad de dividir con los Angeles la gloria de gozar con ellos la presencia de Jesu-Christo en la Sagrada Eucaristía; y que este es su principal deber rendirle como ellos las mismas adoraciones! Dichosos nosotros que somos iluminados por la fé para el conocimiento de este inefable Misterio, y desempeño de las obligaciones que ella nos impone: *Beati viri tui et beati servi tui qui stant coram te semper.* Así lo acabamos de ver en esta primera parte. Veamos ya en la segunda, como somos instruidos en las verdades mas puras por la Sagrada Eucaristía, del mismo modo que los Angeles son iluminados con ellas en el Cielo; y quanto debe ser nuestro cuidado de que hagan sobre nosotros las mismas impresiones: *Et audiunt sapientiam tuam.*

¡Que dichoso hubiera sido el primer hombre, Señores, si él hubiese sabido conservarse en la justa dependencia de su Criador! Un conocimiento mas claro de Dios mismo, que el que le quedó despues de su caida, le llevaria á ver la verdad como es en sí. Sin igualarle con los Angeles, los rayos de una luz eterna no dexarian lugar en su entendimiento despejado á las groseras tinieblas de la duda, de la ignorancia, ó del error: con solo el auxîlio de su claros resplandores Adan veria en sus primeras ideas la pureza y simplicidad de unos objetos que despues le alucinaron; y su generosa alma ennoblecida en su origen con la augusta imagen de su Dios no echaría menos otra felicidad, que la que era incompatible en un estado que no habia de ser de larga duracion. Tan enriquecido como esto salió Adan de las manos del supremo artífice; pero ¡qué ingrata criatura! El entusiasmo y capricho vergonzoso de disputar á Dios su misma Soberanía le precipita para siempre de su alta dignidad: la justicia y privanza que él gozaba las

pierde en aquel momento; y à un trastorno tan esencial de su condicion primera, sobre los males espantosos que atraxo sobre sí, la verdad se le obscurece, las tinieblas suceden à la luz; y en este confuso caos en que él se encuentra sumergido, ya no puede tomar de la verdad sin equivocacion y sin trabajo los conocimientos claros y sublimes que le hubieran sido familiares en el estado permanente de la gracia.

En esta larga distancia de las verdades eternas en que nos puso el primer hombre con su culpa, no nos queda otro recurso que acercarnos à Jesu-Christo Sacramentado, á donde con vistas anticipadas de este soberano Misterio, asegura el Padre S. Agustin, nos embia el Real Profeta quando dice: que nos acerquemos á él, y seremos iluminados: *Accedite ad eum, et illuminamini.* Aqui tomaremos unos conocimientos superiores á los que nos pueden dar nuestros sentidos de los objetos de la tierra; la verdad se insinuará blandamente en nuestro corazon; y hará presentes á nuestro espiritu las cosas como son en sí; y las luces de una fé viva, sin la qual será inutil, é infructuosa nuestra continua

adoracion á Jesu-Christo Sacramentado, dispondran felizmente nuestra alma para tomar las importantes lecciones de su celestial doctrina. Es decir, Señores, que la fé de este Misterio soberano es respecto de nosotros lo que es la luz de la gloria en los Angeles, y Bienaventurados para conocer á Dios. Asi como esta los une á él por el conocimiento mas intimo, los asegura en él por el conocimiento mas augusto, y les representa á esta Magestad por el conocimiento mas generoso; del mismo modo las luces de la fé del sagrado Misterio de la Eucaristía nos harán conocer en la grandeza de Dios la dignidad de nuestra alma para apreciarla, la gravedad de nuestras faltas para corregirlas, y las ideas de nuestra ambicion y propia gloria para moderarlas. Luces intimas: luces augustas: luces generosas: luces reunidas en este incomparable Sacramento, donde Jesu-Christo establece la cátedra de su doctrina para instruir é iluminar á los que quieran acercarse á oirla de su boca.

En efecto: aunque Jesu-Christo nos hable desde el Cielo por medio de sus Profetas, y de ese Evangelio santo en que

dexó recopilado todo el espiritu y sabiduria de su soberana ley: aunque desde aquel Trono de su Gloria nos instruya con su gracia, prevenga y toque nuestros corazones, fortalezca nuestro espiritu, y aclare las obscuras sendas por donde caminamos en el mundo; quiere no obstante hablarnos en la tierra sobre sus Altares para enseñar con mas inmediacion al hombre, cuya torpeza y ceguedad necesitan de un fondo inmenso de sus luces, para que no tropieze y caiga tan á menudo; y acaso alguna vez para no poderse levantar. Para esto tiene aqui abierta á todo el mundo la escuela de su enseñanza: su mismo cuerpo, dice el P. S. Agustin, es su doctrina: la cabeza enseña alli á sus miembros: Jesu-Christo solo es el que habla: *Schola ipsius in terra est: Schola ipsius corpus ipsius est: Caput docet membra sua. Christus est qui docet.*

¿Y quien será tan insensato, Señores, que no quiera acercarse à oir las divinas é importantes lecciones, que Jesu-Christo nos da en esta cátedra de sus Altares? ¿Habrá alguno tan indolente y olvidado de sí mismo, que no haga un rato de lugar en la semana para venir à aprender de aquel Maestro Soberano la

ciencia del alma y de la vida, que tanto nos interesa? Ciegos y miserables, que nosotros somos, y descarriados como andamos de los caminos de la vida, estamos en la mayor necesidad de una luz permanente que nos ilumine; y no hay donde la podamos tomar, ni donde se nos dé con mas franqueza que al pie de los Altares. Esta es una escuela mas acreditada que la de Ananías, donde se curan los Saulos ciegos, y sacuden de sus ojos las escamas de los vicios: este es un Cielo misterioso, donde se dan à ver à los que en él entran los secretos escondidos que se le dieron à entender al Apostol de las Gentes: aqui está aquella miel misteriosa, que despues de haber comido Jonatás comunicó à sus ojos una nueva luz: aqui se nos da á comer aquel bendito pan, que tambien abrió los ojos á los Discipulos que iban á Emmaus para conocer á su Maestro Soberano; y de aqui nace, para decirlo de una vez, aquella maravillosa fuente, que salia del Paraiso, cuyas aguas mas puras y resplandecientes que las de la llamada del Sol en el Libro de Josué, se derraman con abundancia sobre la haz de la tierra en utilidad comun, y para que tome cada uno las que pueda necesitar, para beneficio y remedio de su

alma: *Sed fons ascendebat é terra irrigans universam superficiem terrae.* Asi lo dice expresamente el P. San Juan Crisostomo: y sea que nuestra ignorancia ó ceguedad provenga de la estupidez de nuestra carne rebelde, de la vana curiosidad de nuestros sentidos, ó del orgullo de nuestro corazon; para todo son una medicina universal estas aguas saludables; ellas iluminan de un modo maravilloso nuestra obscuridad y nuestras tinieblas; y no hay escondrijo en nuestro corazon donde no penetren con sus luces: *Hic fons lucis est, fons diffundens radios veritatis.*

Si nuestra carne corrompida nos excita, si las pasiones lisongeras nos halagan, y con sus falsas caricias levantan delante de nuestros ojos el pestilencial vapor que exhalan ellas para atosigar al hombre, y embotarle en quanto pueden sus sentidos, para que no conozca la nobleza de su alma, ni haga de ella el justo aprecio que merece, siendo una imagen viva de su mismo Criador, delante de la Sagrada Eucaristía, en esta escuela soberana, al oriente de este sol brillante, al pie de esta fuente pura y luminosa, se nos dará á conocer con la mayor claridad el principal fin para que fue criado el hom-

bre: que nosotros hemos sido destinados para mayores cosas, que ser los esclavos de nuestro cuerpo: que es la mayor injusticia someter á la tiranía de las pasiones la mejor parte de nosotros mismos: que la mayor complacencia de un alma destinada para ver á Dios eternamente debe estar en los exercicios de la justicia y de la virtud: que es un violador de sus derechos mismos el que la mancha y abandona: que es un estado de violencia y de ignominia al que la reduce el cautiverio del pecado; y que este es nuestro principal deber volverla á entregar pura en las manos mismas del que la crió: *Hic fons lucis est, fons diffundens radios veritatis.*

Si la curiosidad nos disipa y saca fuera de nosotros mismos, y en vez de detenernos á reflexionar en nuestras faltas, y exâminar á las luces del Evangelio esas intrigas y pasasiempos, esas dilataciones de nuestro corazon hacia objetos prohibidos, nos lleva, ó nos introduce en lo mas reservado del seno de las familias para poner una censura criminal en todas sus acciones, y sacar sin algun rubor á la luz pública el descuido ó la flaqueza que llora en lo mas escondido de su casa el delinqüente; y queremos corregir estos

movimientos vergonzosos, que al fin nos acarrean la exêcracion y maledicencia de las gentes; el remedio no es dificil ni está lexos de nosotros: acerquemonos á los Altares, y ese Sol de justicia Jesu-Christo, penetrando con su voz por medio de esas adorables sombras nos dirá, para disipar las que à nosotros nos ofuscan, que asi como el Sol alumbra los puntos que le estan mas cerca antes de derramar sus luces sobre los mas retirados, nosotros debemos reunir nuestros conocimientos para reflexîonar en nosotros mismos antes de mirar á otros: que el que condena à su hermano conspira al mismo tiempo contra la vida de su alma: que por lo comun somos implicados en los defectos mismos que censuramos en otros; y que al fin es la ocupacion mas odiosa, y mas inutil erigirse en juez de otros, quando tan sobrados motivos tiene cada qual para arreglarse à sí mismo: *Hic fons lucis est, fons diffundens radios veritatis.*

Si el orgullo de nuestro corazon nos turba ó nos inquieta, y por sus ridiculas y ordinarias sugestiones nos lleva á considerar no quien somos, sino lo que somos: ó nos induce à mirarnos con respecto à nuestros empleos y dignidades, y no con el que se de-

be mirar esta debil y miserable naturaleza; y no queremos dar en un capricho que nos hará odiosos y despreciables para Dios, y las mismas criaturas: Jesu-Christo Sacramentado nos dirá, para obscurecer estos falsos brillos de la ambicion y del orgullo, que nosotros confundimos los respetables titulos de nuestro ministerio: que todas las ventajas de la fortuna no son mas que debiles accidentes sobrepuestos á nuestra substancia, que teniendolos prestados, ni ellos se mudarán en nosotros, ni nosotros en ellos: que siendo él mismo el Señor y Dios de todo lo criado se abatió al extremo de ser el ludibrio y la fábula de un Pueblo el mas feroz é insensato: que por esto le exâltó su Padre, y le dio un nombre respetable hasta el mismo infierno: que á su exemplo nosotros no debemos reconocer otro camino de la verdadera gloria que el de la humillacion ó abatimiento: que en su Reyno solo son grandes los que fueron pequeños en el mundo; y que esta es la sabia economía de su providencia dexar hambrientos en medio de su opulencia á los ricos, colmar de sus bienes à los pobres, confundir á los soberbios, y levantar á los humildes del polvo, y de la nada para sentarlos en sus sillas: *Hic*

fons lucis est, fons diffundens radios veritatis.

Asi habla, amados hermanos mios, desde la Cátedra de sus altares aquel Maestro Soberano: así reparte las luces de su celestial doctrina, no ya desde el Templo de Jerusalén á cierto numero de hombres, á solas las ovejas que habian perecido de Israél, sino á todas las clases y gerarquias de gentes, á todas las Naciones y los Pueblos; porque siendo el Señor de todos, y rico para aquellos que le invocan, lo es con mas franqueza para los que se acercan à adorarle en este augusto Sacramento, donde hace la mayor ostentacion de sus riquezas, de su amor, y de su doctrina. ¿Pero quienes son los que quieren aprovecharse de ella? ¿Donde están los que sedientos de estas sabias instrucciones vengan á aplacar su sed à esta fuente de aguas vivas, á renovarse al pie de ellas como las aguilas, á despreciar el mundo y sus corrompidas máximas, y protestarle un servicio mas exácto y efectivo en buenas obras y propósitos?

¡O ciega obstinacion de los mortales, casi tan incomprehensible como la bondad misma del Salvador! Confesemoslo, Señores, aunque con vergüenza y confusion del Cristia-

nismo. No hay en el mundo una Corte tan abandonada, como está la de Jesu-Christo en sus Templos y Sagrarios. Como si sus puertas estubieran abiertas solamente en ciertos dias nada mas, como si los miserables y los pobres fueran excluidos de su entrada, como si los mayores servicios fueran reputados por poco, ó como si las visitas á Jesu-Christo Sacramentado hubieran de ser recompensadas con esperanzas engañosas; asi se desentiende el hombre miserable, y desayra muchas veces con astío estas ofertas generosas, todo alucinado como está con las del mundo, que á él le parece llenan mas su corazon. Pero la Reyna de Sabá, que despues de haber visto y exâminado por sí misma la Corte de Salomon, tuvo por felices á los que estaban siempre en su presencia oyendo su sabiduría, se levantará en juicio contra vosotros, y os condenará; porque siendo vasallos de un Rey infinitamente mas rico, mas sabio y magnifico que Salomon, le abandonais, le dexais solo, y apenas hay quien se acuerde de venir á visitarle á sus Sagrarios: *Regina austri surget in judicio cum generatione ista, et condemnavit eam.*

No permitais, Vos, Verbo Eucaristico, que esta terrible sentencia se pronuncie contra alguno de nosotros. Infundid en nuestros corazones un justo temor á tus juicios adorables, y un eterno amor á tu Ley santa, que nos llene á todos del digno aprecio que merecen estos Misterios soberanos, que solo para nuestro bien habeis instituido. Ademas de los beneficios casi inmensos, que de su mano liberal recibimos cada dia, ¿qué mayor dicha puede haber para nosotros, que tenerle siempre presente en nuestros Altares como Maestro y Doctor de nuestras almas? *Beati viri tui, et beati servi tui, qui stant coram te semper, et audiunt sapientiam tuam.* Iguales à los Angeles en esta felicidad, nosotros completaremos esta Bienaventuranza anticipada, si con el mismo respeto, permanencia, y veneracion que ellos le adoramos; y de tal modo disponemos nuestra alma, que sobre ella hagan las luces de sus verdades las mismas impresiones que sobre estos espiritus felices. Este es un oráculo de eterna verdad que nos da sobre la misma Eucaristía el Soberano Autor de ella; y sus promesas inefables tendran todo su efecto, quando un ver-

dadero espiritu de religion sea el que nos una á esta Congregacion santa de la perpetua Vela y Alumbrado al augusto Sacramento del Altar, cuyo establecimiento celebramos este dia.

Solo resta ahora, Dios mio, que Vos, para cuya honra y gloria, y bien de nuestras almas le habeis dado principio, lo perfeccioneis entre nosotros con aquel lleno de gracias y bendiciones, que acostumbrais derramar sobre las grandes obras destinadas á vuestro servicio. No descaesca jamas, Señor, este espiritu de devocion y zelo heroyco de que veo poseidos á estos fervorosos Congregantes. Haced que crezca cada dia mas, que se propague y aumente para vergüenza y confusion de los enemigos de vuestro santo Nombre; y tambien para consuelo de estas almas generosas, que venciendo no pocas dificultades os consagran este nuevo culto. Derramad con profusion sobre este inmenso Pueblo que os adora las bendiciones de vuestra gracia: y ya que por un efecto de ella misma tenemos la dicha incomparable de gozar en el mundo de vuestra real presencia en los Altares, hasta la consumacion

entera de los siglos, haced tambien que con vuestros Angeles y Santos gozemos de ella para siempre en las moradas eternas de la Gloria. Amen.

O. S. C. S. R. E.

